

Viejos [Artes y Oficios

EL ALBARDERO.]

En homenaje a Lorenzo Galve, recientemente fallecido.

Pilar Villarroya y
María José Tejedor

Lorenzo Galve nos enseñó cómo trabajar un collarón, cuyo resultado final se aprecia en la fotografía inferior de la otra página. El albardero fabricaba collarones, como el que lleva para tirar del arado la que -según Ángel García Cañada- fue la última caballería de Andorra, fieltros para el yugo, como el que se exhibió en la exposición *La casa, la tierra, la mina*, y albardas, como la que lleva el asno sobre el que va montada la niña.



Florencio Villarroya



Fernando Cano



Pilar Villarroya

lo] Lorenzo Galve Aznar nació el 12 de agosto de 1920 con el oficio ya elegido por su abuelo, que era albardero; cuando su madre estaba embarazada su abuelo Marcelino Quílez dijo: "si es chico, será albardero". Se casó con Amparo Ginés Ciércoles y tienen dos hijos, Lorenzo y Jorge, nacidos cuando el oficio de su padre estaba desapareciendo.

Lorenzo nos cuenta que a él le enseñó su tío Juan, hermano de su madre (*la Capacera*), porque su padre no sabía.

Había comenzado de niño a aprender el oficio, pero llegó la guerra y este aprendizaje se interrumpió: "Yo había empezado, pero no sabía nada". Entonces Lorenzo y su familia se desplazaron a Cataluña y cuando volvieron el 29 de mayo de 1940 todo el pueblo y los pueblos de alrededor estaban faltos de aperos: *bastes*¹, *collarones*², *fieltros*³... y los vecinos lo animaron: "tienes que trabajar de albardero". Sin embargo, nos cuenta que "no sabía dar ni una puntada porque de chico no te hacías, así que tuve que deshacer un baste y un collarón, punto por punto para sacar los patrones".

Los materiales necesarios eran:

Ramas de latonero, que iba a cortar él mismo a Urrea: "Tenía que bajar, porque en Andorra no hay, y cortarlos por la mitad de la muñeca." Los compraba por docenas, de cada palo de latonero le salían unos dos arquillos. Los arquillos medían entre 1,20 y 1,30 de largo. Había que preparar las ramas de latonero: "Los palos llevaban su trámite, había que cortarlos, subirlos aquí y después irnos con la familia al monte, al mas y calentarlos en una hoguera para poder doblarlos. Se cogían los palos por el medio y les ponías el pie en el centro y con una *sueca*⁴ les sacabas la punta. Había que dejarlos secar hasta el otro año y ya bien secos trabajar, con el palo verde no se podían hacer".

Lana. Se utilizaba la peor que había: "deshacíamos las colleras o fieltros viejos, sacabas la lana que estaba preta, preta, la esparpellabas⁵ y luego la vareabas; siempre faltaba y tenías que pedir a la dueña, pero no le gustaba porque tenía que deshacer alguna almohada".

Pieles, que eran de caballerías: "me avisaban que había una caballería muerta y al amanecer, antes de que llegasen los buitres porque si no ya no valía, ya estaba yo allí para *espelletarla*⁶. Las pieles había que secarlas en una tranca y tenerlas a remojo dos días con sus noches para poder coserlas. Yo las remojaba en los Hortales". Las pieles se sacaban con un cuchillo y una piedra de pico llamada *lasca*. Lorenzo iba a buscarlas y espelletarlas con su



Pilar Villarroya

madre, ni su mujer ni sus hijos lo ayudaron nunca: "En 20 minutos lo hacíamos, poníamos al macho patas arriba y por los lados a darle: primero las patas, luego el cuerpo y por fin la cabeza. Teníamos que sacar la piel entera y así podíamos hacer dos albardas". **Paja de centeno**, la más elástica y fuerte, que recogían en las eras. El grano, como nos cuenta, "lo dejábamos para el dueño". Y finalmente, un par de metros de **lienzo**.

En cuanto a los instrumentos que utilizaba eran pocos y sencillos: "Tres o cuatro agujas más o menos gordas y otras más delgadas y para meter la paja, una barra de hierro larga con un redondico en la punta".

El proceso era el siguiente:

Primero había que construir el esqueleto de la albarda, que se componía de una tela de arpillera, distribuida en dos *costillas*⁷ rellenas con la paja de centeno. Seguidamente se adoptaba la

Foto cedida por: Ángel García Cañada



forma del costillar con los dos arquillos del latonero en cada extremo: el de delante en pico, y el de detrás redondo. A continuación, y adoptada esta forma, se superponía una tela de lienzo rellena de lana (cada albarda estaba rellena de seis kilos de este material). Finalmente, todo se cubría con una piel de caballería, cosida, que cubría el esqueleto.

Aunque como albartero su trabajo consistía principalmente en hacer bastes, además construía fieltros, que se hacían de dos en dos y tenían sobre 1,20 ó 1,30 de largo, sujetos al *jubo*⁸ (como era más corriente llamar al yugo), que se utilizaban para labrar. Y también collarones para trillar: "Aún tengo uno nuevecito sin estrenar que no se vendió".

El collarón llevaba una almohadilla para que no le pegara la trilla-

dera al macho. Para los collarones y fieltros no se usaba la piel de caballería porque era muy recia, se usaba piel de cabra.

Lorenzo nos cuenta que vivía sólo de eso: " suerte que cuando vine de la guerra pesqué todos estos pueblos sin nada y tuve que hacer bastes para Crivillén, Alloza, Albalate, Híjar. En Híjar y Albalate los vendía al guarnicionero y él los volvía a vender, pero en Crivillén y Alloza los cogía, ocho o diez bastes en cada lado de la burra blanca de mi padre, y los llevaba allí".

Subía las albardas con las dos almohadillas ya compuestas para rellenar de lana, coserlas y ponerlas encima de la caballería, porque se hacían casi a medida. "A veces subía con 20 ó 30 albardas. Llegaba a Crivillén y echaban un bando". Y entonces Lorenzo tomaba la medida de machos, burros y mulas, que no variaban mucho.

El precio de los bastes al principio era de cinco duros y al final, los últimos, de trescientas pesetas.

Lorenzo dejó de hacer aparejos "cuando llegaron los tractores y las caballerías se marcharon", más o menos hace 40 años.

No sabe a ciencia cierta cuánto tiempo tardaba en hacer una albarda porque las hacía en serie pero "si me ponía a hacer una la acababa en un día", nos dice.

No necesitó un lugar especial para realizar su trabajo. Al principio trabajaba enfrente de casa Alcalá (C/ Aragón, junto al monumento al pastor de Andorra) y al final en el patio de casa de su madre. Para trabajar se ponía un delantal que se fabricó él mismo, abierto por el medio para poder meter las piernas, y una especie de dedal cubriendo la palma de la mano.

Como curiosidad, y según las necesidades y demandas, también Lorenzo hizo albarcas, y en alguna ocasión elementos de correaje, labor que pertenecía específicamente al guarnicionero, otro de los oficios perdidos que relataremos en sucesivos números. ■

¹ *Baste o albarda*, del latín BASTARE. También encontramos en el María Moliner la denominación de basto, que eran las almohadillas que forman el lomillo o parte superior de la albarda.

² *Collarón y collera* eran dos aperos que se le colocaban al macho alrededor del cuello, el primero usado para trillar y el segundo para tirar del carro.

³ *Fieltro*, de origen germánico. Material semejante a una tela gruesa y rígida, hecho prensando lana.

⁴ *Sueca*, cepa o tocón, del latín SOCCUS

⁵ *Esparpellar o esparcir*. Había que separar la lana que estaba prieta.

⁶ *Espelletar o despelletar* como se decía en aragonés que es quitar la piel.

⁷ *Costillas*, reciben su nombre de la parte de la res en que se asienta la albarda.

⁸ *Jubo* era el nombre que se le daba al yugo. En realidad jubo sólo era la correa del yugo. Yugo es la pieza de madera que se sujeta al timón del arado a la que se unen por la cabeza las mulas que forman la yunta.



Pilar Villarroya